

DONDE TERMINA LA CIENCIA-FICCION



EL TUNEL DEL TIEMPO

ENTRE los pabellones más visitados del clausurado certamen universal de Nueva York —que volverá a abrir sus puertas en abril próximo— se encontraban aquellos que ofrecían al público una visión esquemática y apresurada de lo que será nuestra vida en el futuro, en esos años dos mil que son casi pasado mañana. El desarrollo que en los últimos años ha alcanzado en todo el mundo —y particularmente en los Estados Unidos— la literatura de ciencia-ficción, ha acostumbrado al hombre de hoy a imaginarse con alguna precisión lo que será su vida del mañana. Porque estamos ya muy lejos de las vagorosas ensañaciones científicas de un Verne o un Welles; los mejores novelistas contemporáneos de ciencia-ficción —Simak, Tenn, Pohl, Kornbluth, Bradbury, Sturgeon...— no hacen sino prolongar hasta un cierto grado límite las condiciones sociales y económicas en que actualmente nos desenvolvemos e imaginar un mundo posible, hasta cierto punto real. El pabellón del Futuro que el certamen mostraba a los asombrados visitantes **SIGUE**

no era sino una confirmación —a escala mínima— de las predicciones de esos excelentes autores. Una visión parcial de lo que serán, al cabo de unos pocos años —ya el mítico año dos mil está demasiado cerca—, la ciudad, la arquitectura, las costumbres y los medios de vida de las próximas generaciones es un espectáculo sugestivo.

Un «túnel del tiempo» enteramente revestido de espejos en los que las luces y las formas se reflejan mágicamente, como si nos encontrásemos en el interior de un enorme caleidoscopio, da acceso a una gran sala central donde puede «verse» la vida secreta del átomo. Este prodigioso descubrimiento si que supone una superación de los más avanzados relatos de ciencia-ficción. El espectador puede contemplar por primera vez, como si se encontrara en un cine, el prodigio de la fisión nuclear: encerrados en una cúpula de lexan —materia sintética transparente como el cristal y más resistente que el acero—, los tubos de gas deuterio funcionan a base de condensadores a la tensión de sesenta mil voltios; la masa del deuterio alcanza una temperatura de cuatro millones de grados centígrados. Ante los ojos del público, y gracias a este sensacional ingenio técnico, se produce la fisión nuclear.

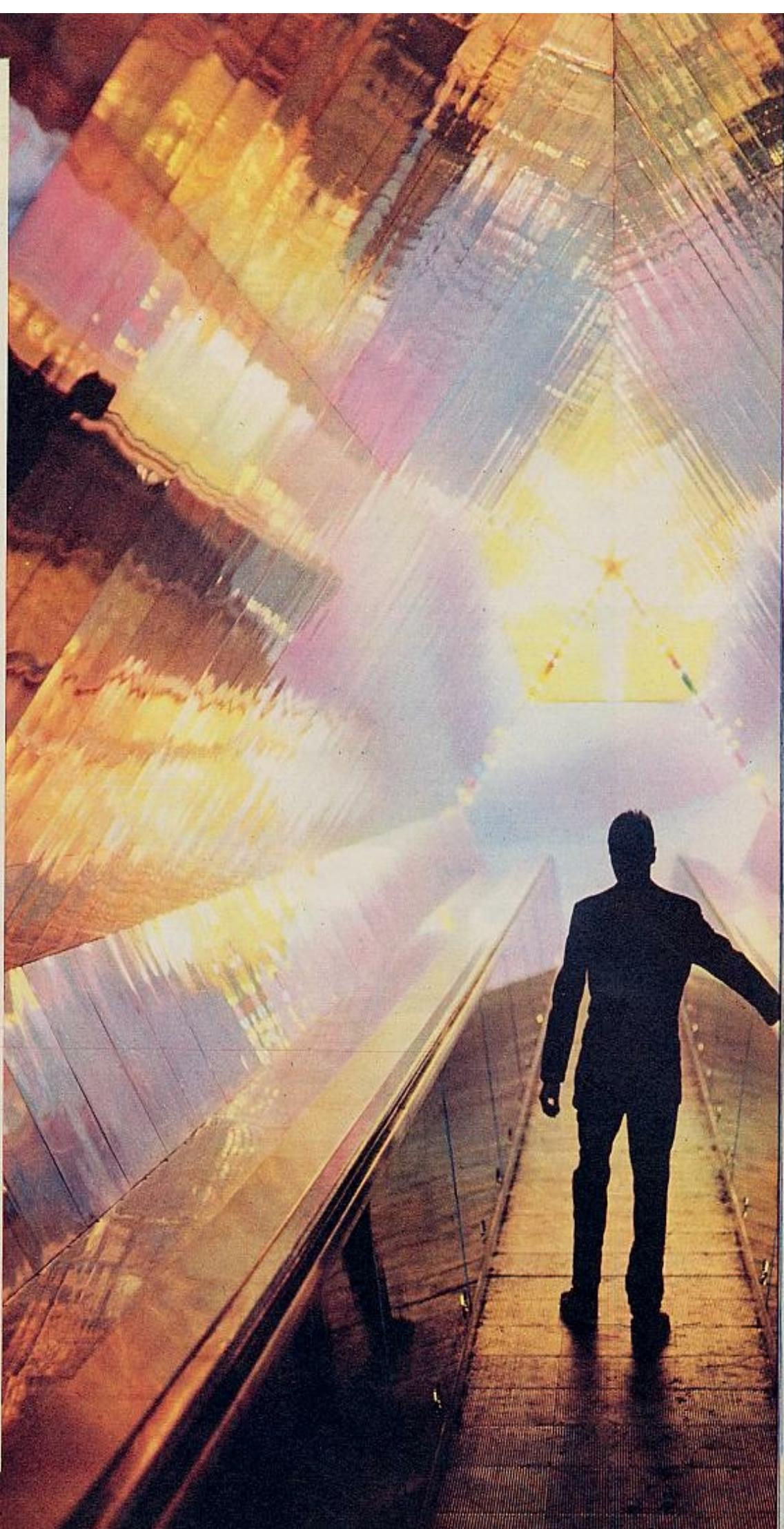
En el terreno arquitectónico cualquier exceso de imaginación está permitido, porque el control técnico ha llegado a tal dominio que casi nada es imposible. Desde el «túnel del tiempo» hasta la contemplación directa de la fusión nuclear, gran parte de esa vida de pasado mañana puede decirse que está al alcance de nuestra mano, para saciar ese deseo de conocer lo que nos deparará el futuro.

Y dentro de muy poco, hablar de ciencia-ficción será un anacronismo, o, en todo caso, una expresión impropia. Porque si la técnica sigue progresando a este ritmo desenfrenado, cuajando en aciertos cada vez más precisos, Simak, Tenn, Pohl, Kornbluth, Bradbury, Sturgeon serán los escritores más escuetamente realistas de nuestro tiempo...

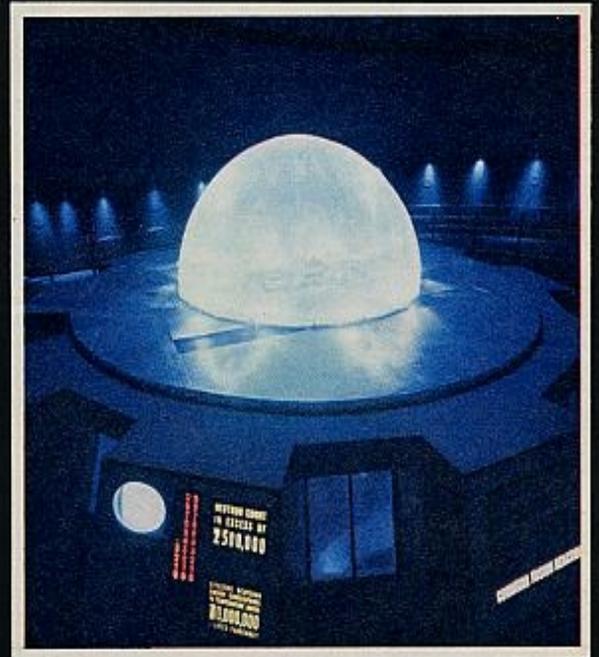
(Fotos MONDADORI PRESS-
INTERSTAMPA)



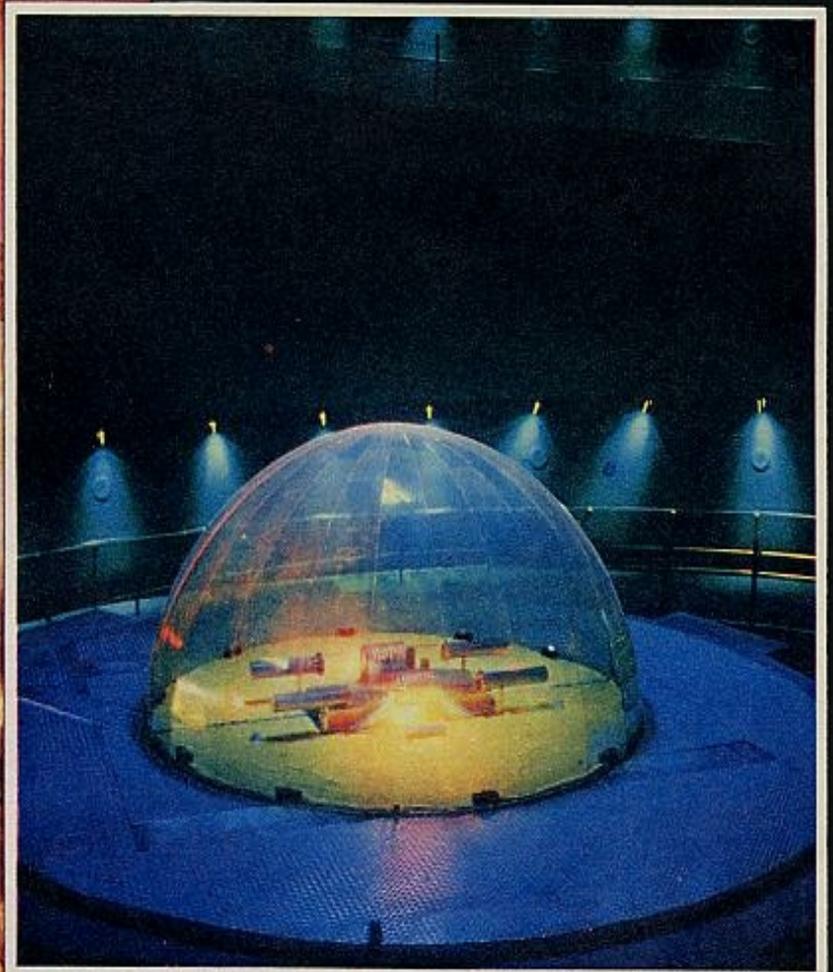
El «túnel del tiempo». El visitante se encuentra en un corredor en el que mágicos reflejos le hacen la impresión de estar caminando por el interior de un gigantesco caleidoscopio.



EL TUNEL DEL TIEMPO



La gran cúpula de lexan, que es una materia sintética transparente como el cristal y más dura que el acero: está a punto de producirse la última fase de la reacción nuclear.



Dentro de la campana neumática están encerrados los tubos de gas deuterio, que funcionan a base de condensadores a la tensión de sesenta mil voltios. La temperatura alcanza 4 millones de grados C.